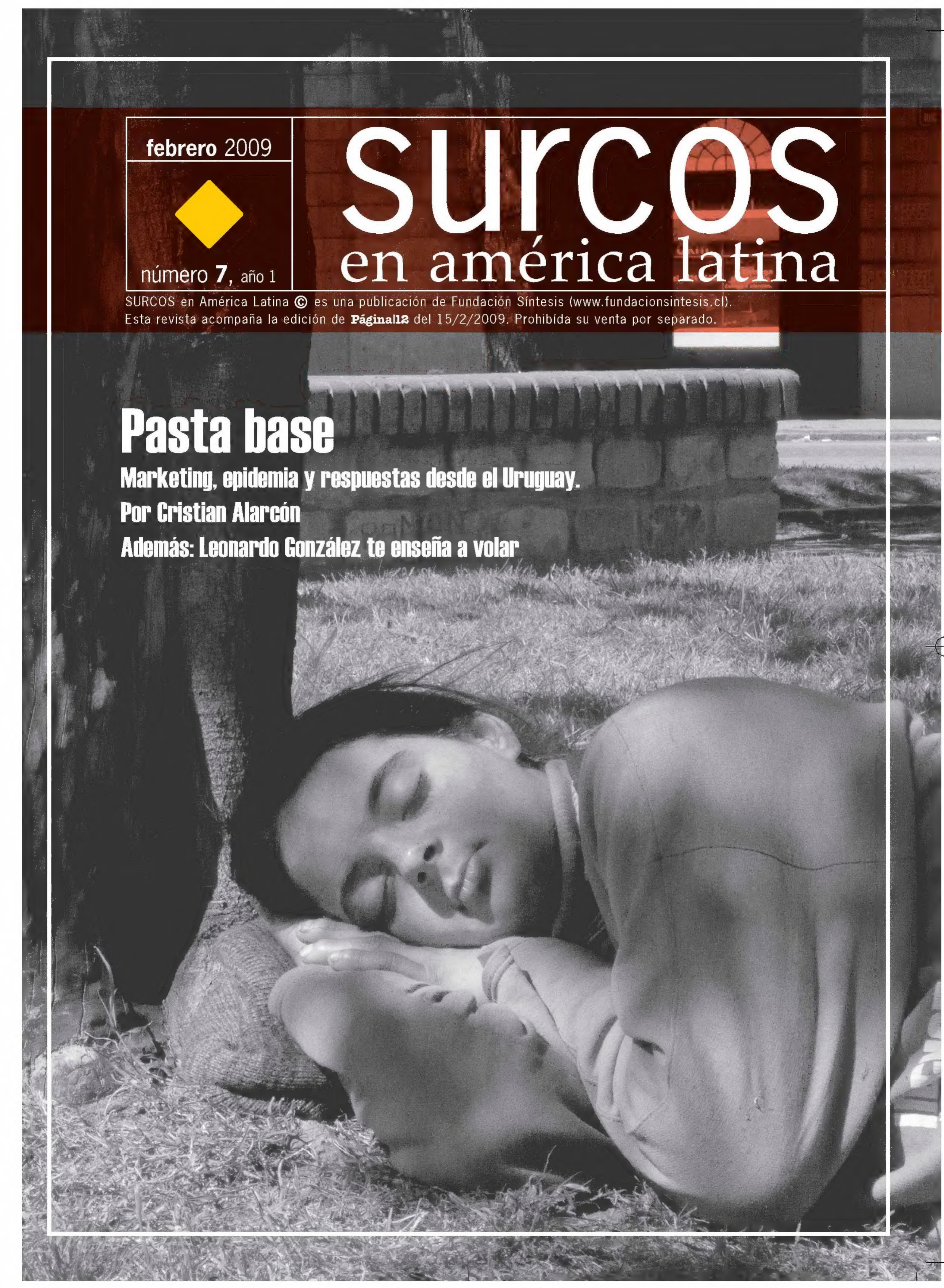

febrero 2009
número 7, año 1
surcos
en américa latina
SURCOS en América Latina © es una publicación de Fundación Síntesis (www.fundacionsintesis.cl).
Esta revista acompaña la edición de Página12 del 15/2/2009. Prohibida su venta por separado.
Pasta base
Marketing, epidemia y respuestas desde el Uruguay.
Por Cristian Alarcón
Además: Leonardo González te enseña a volar

surcos

PORQUE QUEREMOS LLEVAR LA POLÍTICA A LOS JÓVENES, Y TRAER JÓVENES HACIA LA POLÍTICA

PORQUE TRABAJAMOS EN LA GENERACIÓN DE IDEAS Y PROPUESTAS

PORQUE TENEMOS UN COMPROMISO POLÍTICO, SOCIAL Y AMBIENTAL CON LA REGIÓN

PORQUE USAMOS CON CREATIVIDAD E INTENSIDAD LA TECNOLOGÍA

PORQUE HACEMOS PERIODISMO DE CALIDAD, PROFESIONAL, CIUDADANO O ESTUDIANTIL

PORQUE TENEMOS OPINIONES CON FUNDAMENTO QUE NO ELUDEN EL RIESGO Y UN ANÁLISIS RIGUROSO DE LA REALIDAD

QUEREMOS QUE MÁS JÓVENES SE INTERESEN POR LO ***POLÍTICO*** Y LA POLÍTICA COMO ESPACIO DE ACCIÓN PARA DECIDIR EL FUTURO EN SOCIEDAD

CREEMOS EN LA IMPORTANCIA DECISIVA DE UN PROYECTO DE ***INTEGRACIÓN REGIONAL*** PARA LATINOAMÉRICA QUE PERMITA UNA INSERCIÓN ACTIVA EN EL MUNDO

TRABAJAMOS PARA ENCONTRAR VÍAS DE ***DESARROLLO SUSTENTABLE*** ADECUADAS PARA LA REALIDAD DE CADA PAÍS

CONSTRUIMOS ESPACIOS DE COMUNICACIÓN QUE BUSCAN ABRIR ESPACIOS A LA OPINIÓN Y A LAS EXPRESIONES DE UNA ***GENERACIÓN NO REPRESENTADA***

fundaciónsíntesis

Montevideo, Estela Maris Sampayo se dirige a un grupo de madres de adictos a la pasta base durante un acto público.
Fotografías de **Pedro Linger Gasiglia.**

Los curiosos miran de lejos a ese grupo

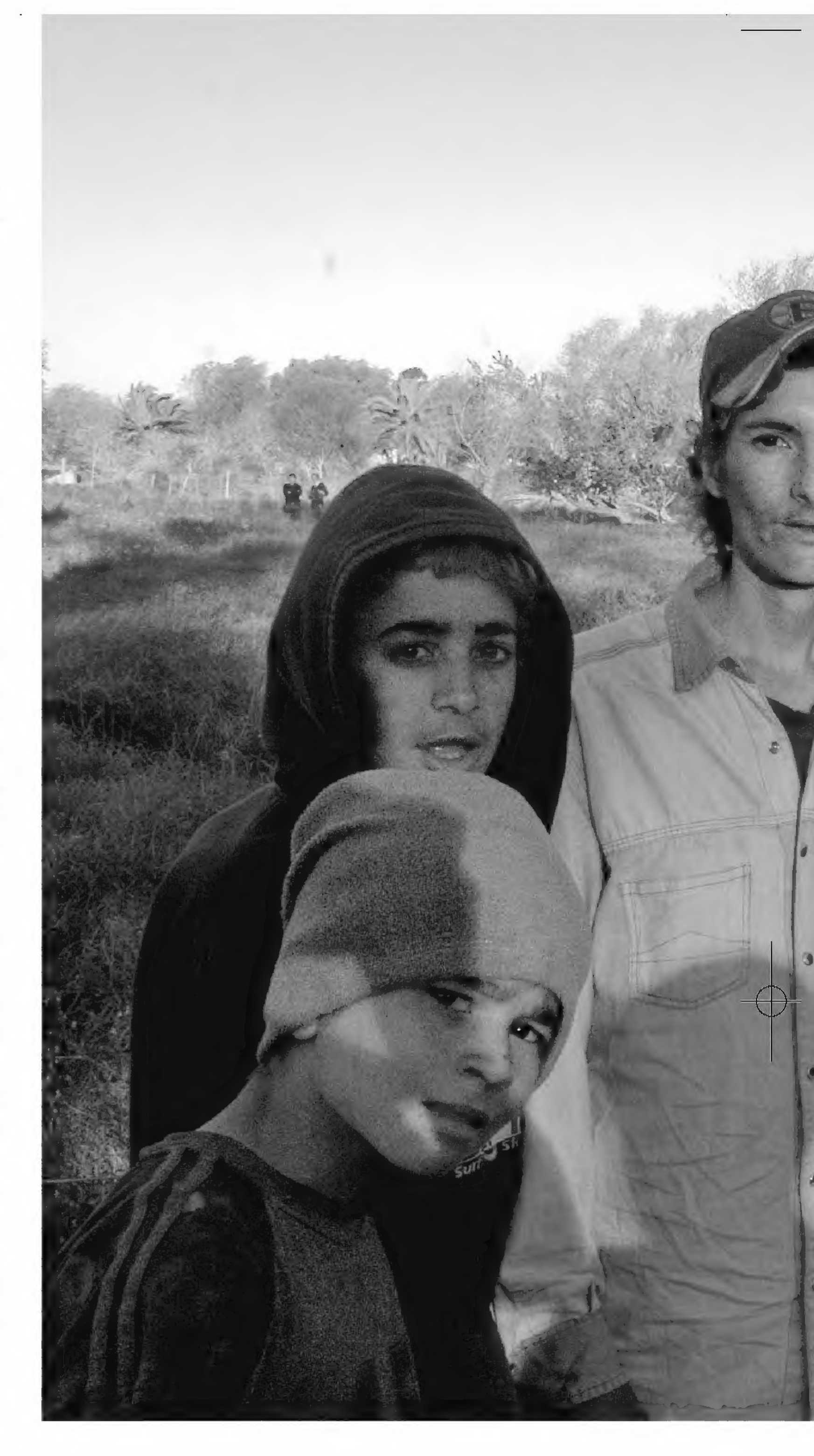
de veinte mujeres bajo el sol primaveral y repentino de este mediodía de sábado. Rodean a una de ellas, flaca, de lentes negros, que se aferra a un micrófono con un papel en la mano y lee, encendida. "Necesitamos cambiar. Nosotras mismas como madres de gurises adictos a la pasta base decimos que nos equivocamos al pedir sólo el cierre de las bocas, porque si clausuramos una abren cinco. Lo que nos dimos cuenta que necesitamos para salvar a nuestros gurises es salud, educación, pero sobre todo inclusión social. El tema es que no podemos esperar. Para nosotras es urgente un centro de desintoxicación, planes de trabajo para que salgan a trabajar, articular políticas reales para no dejarlos solos en los fumaderos", grita Estela Sampayo y estira los músculos del cuello como Evita para decir fuerte la prosa política. Sus compañeras, más tímidas, no lo pueden creer. Estela se sentó anoche y escribió, urgida por la inexperiencia y el tiempo, esa proclama fundacional en la que se dieron como nombre "Madres del Uruguay". Sabe que el impacto de lo que los uruguayos

En tapa: Una joven duerme en la plaza Pablo Neruda, contigua a la estación de trenes, en el centro de Montevideo.

denominan "pasta base" ya se volvió visible en las calles del sur. Éste es el primer acto que hacen. Ya no en la Plaza del Entrevero, sino en los barrios de Montevideo, ahí donde sus pibes se desvanecen con el humo ácido de la pasta. Están, a pesar de los dramas que viven, y de haberse separado del grupo original, exultantes. Este primer día de sol de la primavera del 2007 es, quizás, el primer día del resto de sus vidas.

A Estela la escuchan cuatro madres, dos ex presos que han formado una organización para pedir mejoras en el brutal sistema carcelario uruguayo, un ex militante del socialismo, un funcionario de salud de la comuna, hasta un diputado que dejó la tarjeta, y algunos vecinos curiosos. Pero ella no quiere ser el centro de las preguntas. Termina su discurso y les pide a otras mamás que cuenten. Todas, como la propia sociedad uruguaya, supieron primero por los medios de esta droga nueva que se fumaba. Nunca imaginaron que en cinco años la imagen se naturalizaría entre los que caminan más allá de las avenidas y los pocos barrios pitucos: chicos y chicas de una delgadez espectral, con la piel curtida por la mugre y la intemperie, con chancros o rastros de sarna, que piden o se prostituyen para poder fumar.

Jackson, el hijo mayor de Estela, como los gurises de cientos de otras madres habitantes de las zonas marginalizadas de la ciudad, es consumidor de pasta, o "latero", como le dicen en su barrio, el Marconi. En toda Latinoamérica esta sustancia fue adquiriendo distintos nombres desde que apareció, en la década del '70, en Colombia y en Perú. En Perú le dijeron "quete". En Bolivia, "pitillo". En Ecuador, "baserolo". En Chile, donde invadió en los '90, "mono". En Brasil hizo estragos desde el '90 hasta el '95, bajo el nombre genérico de "crack". En la Argentina, "paco". Se trata de una sustancia cuya composición no termina de discutirse en foros y encuentros internacionales. Aún faltan datos científicos suficientes para definirla, pero a todas luces es parte de lo que los expertos llaman "patrón de diversificación de los mercados de la cocaína": como cualquier mercancía exitosa, su éxito depende de la masividad que logre a partir de su variada oferta. La exportación cada vez mayor de PBC, o sea las tizas blancas de la argamasa con la que luego se elabora el clorhidrato de cocaína, desde Bolivia y Perú, muestra –según los expertos– "cambios en la estructura del mercado global de las drogas".



EN LA AVENIDA GENERAL FLORES el tránsito es escaso, apenas los colectivos, buses de los '80 y algunas motos ruidosas. Sobreviene la siesta. Sin haber almorzado, mientras se pasan una bolsa de pasteles dulces, las mujeres se acomodan sobre el césped, bajo la sombra de un árbol lleno de brotes. A un costado, dos chicos y una chica conversan sentados en un banco. Nadie les habla. La ronda sigue en lo suyo, es como si no estuvieran allí. Ellos hablan fuerte y una y otra vez repiten, en medio de frases incomprensibles, las dos palabras hechas una: "patabase". "¡Eh, loco, patabase!"

El consumo de pasta produce varios efectos casi inmediatos. Es una pitada que garantiza cinco minutos de una euforia que los adictos sólo consideran comparable con la inyección de cocaína. De hecho, los consumidores de pasta, en su mayoría, lo fueron antes de "merca". Pero la pasta tiene sus efectos colaterales. De manera asombro-

Vecinos del barrio Marconi, en las afueras de Montevideo.

samente rápida se convierte en una necesidad que produce, cuando no se la satisface, angustiantes cuadros de abstinencia. Entre los fumadores de pasta de la clase media –cada vez son más– los estudios muestran un "consumo regulado". O sea, son personas que disponen de un lugar confortable donde encerrarse a fumar sin exponerse a la violencia cotidiana de los centros de distribución en los barrios más pobres. Son personas con trabajo o estudio, que no interrumpen sus responsabilidades por el consumo, y que tras una "gira" regresan a los cuidados habituales sobre el cuerpo: buena comida, limpieza, horarios y contención familiar. En los sectores más golpeados por la crisis económica que empobreció al Uruguay en pleno 2002, los jóvenes consumidores pasan su tiempo, si no drogándose, pensando en cómo conseguir el recurso para la droga. La invasión de la sustancia es casi total. Avanza sobre los cuerpos, pero también sobre las subjetividades de los chicos, limando sobre todo los vínculos afectivos y cercanos. Ahora estos tres pibes miran la manifestación con cierta sorna, con



"No queremos aparecer como víctimas, queremos pedir políticas públicas que resuelvan el asunto desde el fondo y que nos escuchen, porque no sólo somos mujeres que sufrimos, también somos personas con derechos."

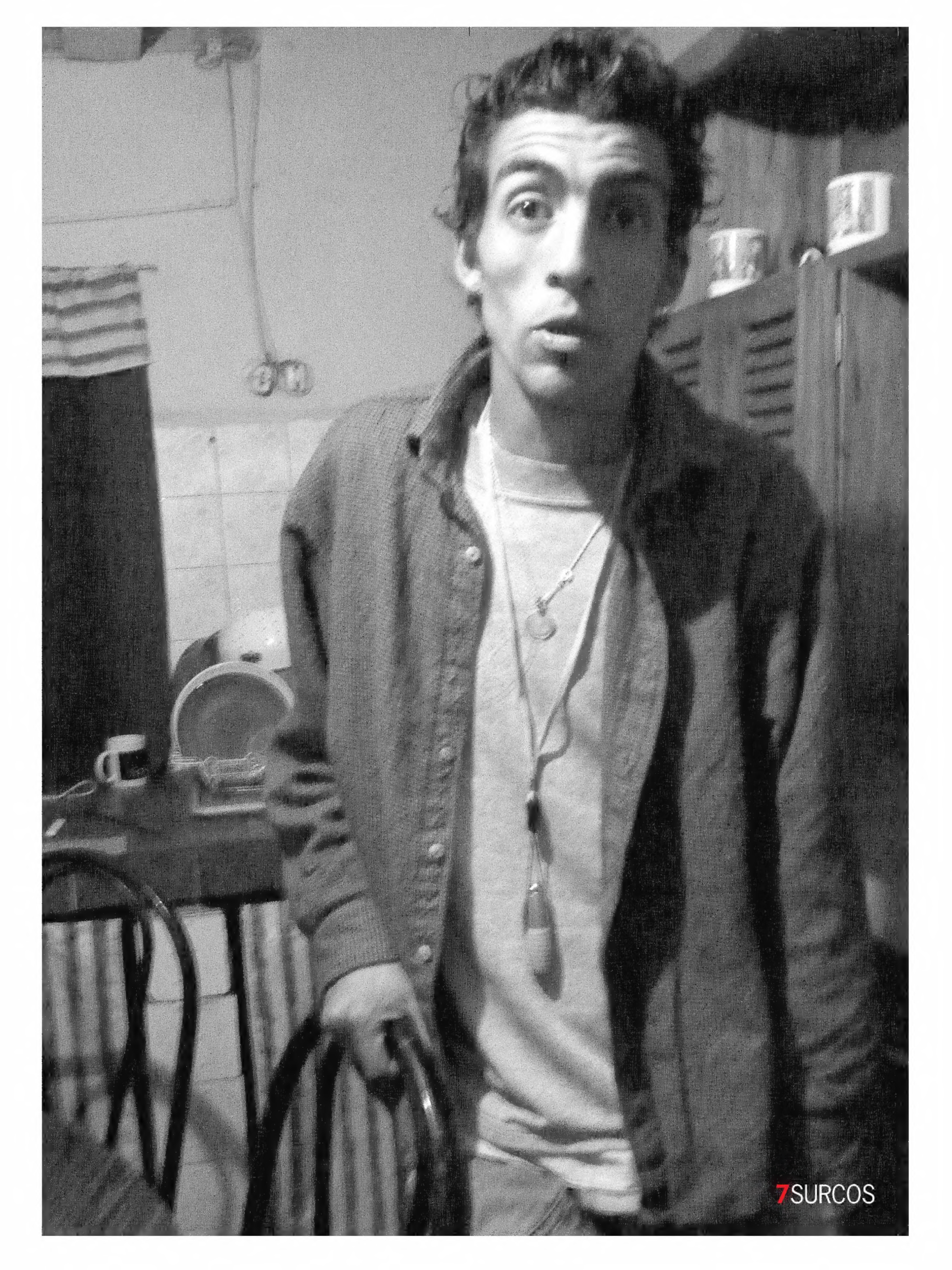
despreció. Se van sin decir palabra, cruzan la avenida pidiendo entre los autos.
Las madres siguen sentadas y ponen sus límites. Hasta la semana anterior marchaban como Madres de la Plaza del Entrevero, en el centro de la ciudad. Habían sido conocidas por la clara remembranza del nombre elegido, y por la forma de protestar semejante a la de las Madres de Plaza de Mayo argentinas, que con pañuelos blancos en la cabeza piden aún por sus hijos desaparecidos durante la última dictadura militar. En la ronda de mujeres primero se sientan algunos principios: "No queremos aparecer como víctimas, queremos pedir políticas públicas que resuelvan el asunto desde el fondo y que nos escuchen, porque no sólo somos mujeres que sufrimos, también somos personas con derechos".

ESTELA HABLÓ DE A POCO de su propia historia, a lo largo de cuatro cruciales días y noches. Estela es la primogénita de una mamá que tuvo doce hijos. Tiene 35 años. Es una mujer delgada que con el frenesí de las últimas semanas come poco, duerme menos y corre por la ciudad entre los avatares de la vida de su hijo y un activismo súbito, arrasador. A ese ritmo aprende, a ese mismo ritmo adelgaza. "¡En catorce meses aprendí más que lo que aprendí en toda mi vida!", repite para explicar el descubrimiento de la política, un concepto que despreciaba antes de organizarse junto a otras madres. Estela es una mujer inteligente. Sabe que, si no ha ido a la universidad, la calle y el barrio le dan un resto para "articular" diferente en un camino "sin muchas señales". Por eso, últimamente lee lo que encuentra, lo que le acercan. Escucha a sus compañeras. En Montevideo la praxis de la política está presente en los territorios. Es ese vestigio de lo que fue una sociedad activa lo que renace en estas madres. Sus historias. Sus vínculos. Sus demonios y sus certezas. Allí quizás haya huellas del futuro.
A Estela la conocí en Buenos Aires. Estaba en una reunión de organizaciones sociales que preparaban el primer encuentro internacional sobre el tema. Ese día hablamos apenas unos minutos. Sólo alcanzó a contarme que desde hacía ocho meses trabajaban con el Ministerio del Interior del Uruguay entregándoles cada quince días una lista, por cierto siempre larga, de direcciones de vendedores de PBC en los cuatro puntos cardinales de la ciudad. También habló de su hijo, que no veía con la mejor cara que su madre participara de esas denuncias. Había pasado por una internación y hacía meses que ya no fumaba pasta, sino sólo marihuana. Se había juntado con una chica. Buscaba trabajo. Ese mismo fin de semana Jackson, el nombre que prefiere tener en esta crónica, volvió a consumir.

EL PROCESO URUGUAYO de cambio de políticas para combatir esta droga comenzó con un discurso, el primero que dio el electo presidente Tabaré Vázquez, en marzo de 2005. En él se habló del problema de las drogas desde el Estado por primera vez en la historia uruguaya. De hecho, ninguno de los candidatos se había planteado el tema en campaña. Vázquez lanzó una idea: una red de 55 centros de entrenamiento de boxeo en los clubes de los barrios. La idea del deporte redentor no ha sido del todo efectiva en otros países. Pero desde la Junta Nacional de Drogas diseñaron un modelo que no se cierra a ninguna escuela y busca que desde cualquier servicio de salud se pueda derivar pacientes a un sitio de referencia. El lugar se llama El Portal Amarillo y tiene capacidad para albergar a 20 pacientes internados. La demanda al comienzo tuvo un pico. Eran decenas de personas cada día, sobre todo madres y novias de chicos. Se estabilizó y hoy hay lista de espera para conseguir un puesto, por eso también apelaron a los grupos de autoayuda. De fondo, lo que el gobierno uruguayo definió fue su intención de no adherir acríticamente a los postulados de las Naciones Unidas sobre lo que definen como "lucha contra el tráfico de drogas", y mucho menos a la posición prohibicionista de los Estados Unidos. Es más, hizo una alianza con organizaciones no gubernamentales como el Transnational Institute (TNI) para analizar la situación y la aplicación de políticas de reducción de daños.

DICEN LAS MADRES que cada recaída es peor que la anterior. Y que, pasado mucho tiempo desde que lograron parar, los jóvenes vuelven con un ansia que no logran frenar con nada. Así, arrasan con los objetos vendibles que consiguen en la calle o en sus propias casas. Contra todos los prejuicios, los consumidores de pasta pueden tener picos de violencia en momentos de consumo intenso, pero no suelen tener ni siquiera los recursos

Federico, consumidor de pasta base, en la cocina de la casa de su madre.



Jackson desvalijó la casa del barrio Marconi en la que viven su madre y sus hermanitos más chicos. Arrancó la reja de la ventana y por allí sacó la heladera, el televisor, la radio, la plancha, el lavarropas y el DVD.



Una joven pareja de ex adictos a la pasta base, residentes del barrio Marconi.

para un robo en el que se necesitan tres cartas: el control de la situación, la fuerza y una pistola. La víctima, en general, es la propia familia.
Ese fin de semana, en el pico de la "gira", Jackson desvalijó la casa del barrio Marconi en la que viven su madre y sus hermanitos más chicos. Arrancó la reja de la ventana y por allí sacó la heladera, el televisor, la radio, la plancha, el lavarropas, el DVD, cada uno de los objetos de valor que había en el hogar, una casa de un plan de viviendas linderas con la villa que se ha deteriorado, pero que sigue siendo un refugio noble, abrigador. Cuando en Montevideo nos vimos en su hogar saqueado, Estela conservaba una calma que no disimulaba la procesión dramática que caminaba por dentro. Rogaba que su hijo apareciera "con voluntad de internarse". Lo había visto con los labios quemados por el calor de las pipas hechas con bombillas de mate o tubos de cortina, de metal.

"Él jugaba al fútbol en el Racing Club de Montevideo hasta hace dos años y era tan bueno que conoció Buenos Aires primero que yo", cuenta para mostrar cómo incluso alguien integrado a espacios comunes puede ser atrapado por la sustancia de moda. Eso fue un domingo. Por la tarde recorrimos el barrio. Una calle asfaltada nuclea dos complejos de viviendas sociales y unas seis manzanas de villa, lo que en Uruguay se conoce como "cantegril". El Marconi es uno de los sitios más estigmatizados de la ciudad.

YA PASARON unos cinco años desde que la PBC se instaló acá. Tiempo suficiente para que quienes abrieron el negocio acumularan lo suyo: camionetas, motos, redes extendidas, mayoreo, todo un camino de progreso ilegal. Los mismos dealers establecen pactos de convivencia forzada con sus vecinos. Lo clásico en lo que los politólogos llaman "zonas grises": el supuesto intercambio de

Comenzó la mañana con su droga preferida, el Diazepam, uno de los más divulgados ansiolíticos anticonvulsivantes. Hoy podemos hablar con él, dice, porque está de Diazepam, pero si no, apenas podría emitir sonidos.



Estela Maris Sampayo junto a su hijo "Jackson" en la sala de su casa, en el barrio Marconi.

silencio por seguridad. Visto desde la antropología, podríamos hablar de "territorialidad del paco".
En la puerta de un centro comunitario, sobre las escalinatas, se sienta, cauto e implacable, Federico, un pibe de 25 años que al hablar clava certeras dagas. Enmagrecido por el consumo, de ojos saltones y mirada vidriosa, Fede comienza advirtiéndonos que nos perdimos una hora importante: cuando los vecinos salen de sus casas a hacer los mandados y van y vienen temprano y tarde de los trabajos, o con los carros de cartonear. Esos vecinos son los mismos, dice, que les dan a él y sus amigos consumidores monedas para tirar. "A pesar de la peste que somos nosotros, hoy yo hice cincuenta pesos", ejemplifica, con una expresión que oscila entre el asombro y la amargura. Hoy tiene un día regular, larga. Es uno de esos días "para arriba". Comenzó la mañana con su droga preferida, el Diazepam, uno de los más divulgados ansiolíticos anticonvulsivantes. Es lo único que lo mantiene arriba. Hoy podemos hablar con él, dice, porque está de Diazepam, pero si no, apenas podría emitir sonidos o palabras cortas.
Cuando Fede era chico, un padrino de su hermana le dio una beca para que pudiera estudiar en el colegio privado más cercano, el de las monjas. Fede recuerda su firme fe religiosa, el compromiso con que se tomaba las reuniones del grupo juvenil de la parroquia, los fines de semana de campamento, las enseñanzas de la Biblia, las confesiones y la hostia. Ellos, cuatro hermanos, hijos de diferentes papás pero bajo el mismo techo al cuidado de la madre, una mujer que supo luchar contra la dictadura, tuvieron, dice, muchas enseñanzas de las buenas. En la sala de la casa los sillones, la biblioteca y la lámpara, los dos cuadros y el libro de Descartes junto a varios de Benedetti hablan de una época en que todo fue nuevo, y lo que se pensaba también. El tiempo ha pasado, pero el cuidado diario de los

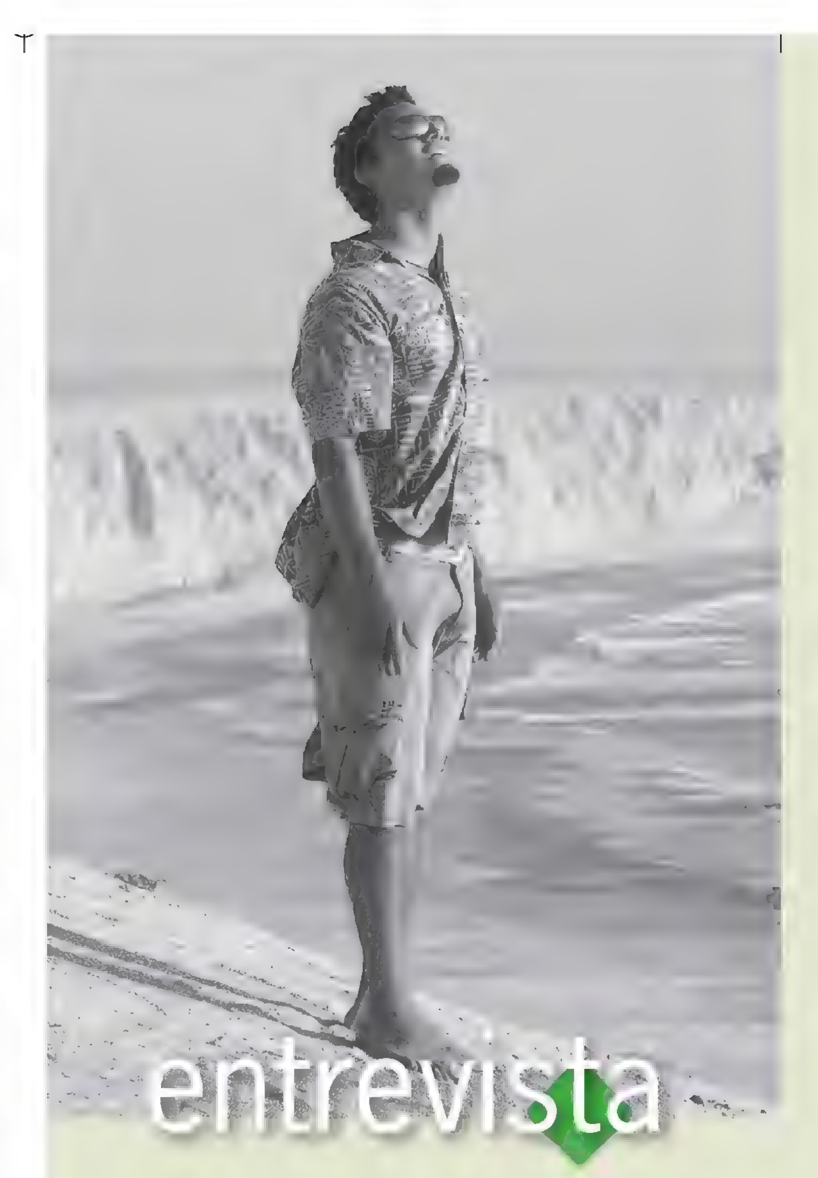
Paginas 10 y 11: Un joven consumidor de pasta base en la plaza Pablo Neruda, en el centro de Montevideo.





objetos que acumulan tiempo le siguen dando cierto cuerpo a la situación.
Fede tiene una relación muy conflictiva con su mamá. Se nota la tensión. Por eso prefiere su cuarto, a pesar de que él mismo lo había descripto como un agujero. "Es un cuarto oscuro con un colchón, un lugar lúgubre, donde me tapo con una frazada que vengo trayendo de casa en casa. Yo digo que soy nómada, y no quiero ser más nómada, quiero tener lo mío de verdad y legal, con un trabajo como el que tuve alguna vez. Yo laburé en una empresa de limpieza y tuve mi sueldo. Una miseria, pero mi sueldo", nos había contado en la calle.
–¿Seguís teniendo fe?
–Me sigo considerando cristiano. Ahora de pronto creo en todo, en cada cosa del mundo como algo en lo que hay que creer. En otros momentos bajo los brazos. He pasado de estar en una pieza cuatro por cuatro con cuatro o cinco pastabásicos alrededor de un calentador, un caño, todos sucios, en el achique, a estar en Chile con gente que no necesita ni alcohol ni droga ni nada para ser feliz, con los humanistas de Silo. Perdí el trabajo, volví al barrio, y acá no hay otra cosa, todo tiene la marca de la pasta, vos salís y la vas a oler, es inconfundible el olor que le deja a todo.
El olor a pies rancios que deja la sustancia cuando se la fuma se hizo habitual en el Marconi. El surgimiento de un nuevo mercado revoluciona los consumos y mina los vínculos tal como se los conocía. Genera otros con códigos nuevos, sobre todo comerciales, por la circulación de dinero que de pronto hay en sitios donde el metálico casi había desaparecido. La masificación de su venta produce la apertura de cientos de bocas de expendio, algunas de ellas concentradas en los enclaves más pobres. Si bien en la ciudad vieja existen varios fumaderos en casas semiabandonadas y hay decenas de dealers, se vende sobre todo mediante el delivery, con motitos o paseantes que acercan la pasta base a domicilio. Es en los barrios del sur, como Marconi, o en el oeste, como en El Borro o Cerrito, donde se concentra la presencia de bocas.
Todo se puede empeñar en el reino de la pasta base. El reducidor es una figura de la infraeconomía, de esa circulación de dinero que genera una actividad tan exitosa como la venta del paco. Por un lado se recicla todo aquello que sea vendible o utilizable. Federico lo explicaba con sorna. "Acá los perros parecen lateros porque los lateros juntan la comida más podrida y los pastos para vendérselos a los que les tienen que dar a los caballos. Esto que ves acá –señala un botón– tiene un precio, lo vendes. La bolsa de papas de arpillera se vende a 200 pesos."

pasa a página 16



Perú es el segundo país con más variedades de aves en el mundo, con unas mil setecientas especies. Muchas anidan en la Reserva Nacional de Paracas, un paraíso que el biólogo quiere preservar.



Fotografías de **Guillermo Figueroa.**

Leonardo González

El hombre que podía volar

Por Sergio Vilela

LAS RESERVAS ECOLÓGICAS existen para subrayar en los mapas del mundo lo poco que nos falta por arruinar. Y sirven también para sospechar de la civilización. Son las seis de la mañana en Paracas y el biólogo Leonardo González estaciona su camioneta, a unos metros de la carretera, en medio de la nada. Ha conducido durante cuatro horas en dirección al sur, a doscientos cincuenta kilómetros de Lima y de sus ocho millones de habitantes. El sol asoma y amenaza con incendiar este desierto costero en el que no hay ni camellos ni petróleo. La inmensidad aplasta. González saca de la camioneta su largavista y señala una lejana torre de madera que se yergue solitaria sobre la alfombra de arena. Dice que debemos caminar hacia allá. Hacia el mirador de aves de la Reserva Nacional de Paracas: trescientas mil hectáreas de mar y tierra firme donde más de mil quinientas especies ni sospechan que otros seres vivos hemos decidido acabar con el Planeta. Un cartel reza que ésta es una zona de protección estricta y que nadie puede avanzar más allá del mirador. Aquí las aves son las que mandan.

–Cuando uno depreda, ¿qué crees que hace la naturaleza? –dice González alzando las cejas–. Se regenera y trata de hacerlo de inmediato. Pero no le damos tiempo suficiente y la volvemos a depredar –explica.

Leonardo González es un joven biólogo amante de la sabiduría de las plantas, las aves y los gusanos. En el garaje de su casa guarda unas cajas en las que cría larvas a las que alimenta con avena. Dice que son proteínas puras y por eso las come sin asco. También las vende por kilos cuando junta suficientes.

–Yo juego a tener un planeta en una caja. Puedo contro-

lar todo el ecosistema de mis gusanos. Es como jugar a ser Dios –dice con sencillez.

Todas las mañanas al levantarse bebe un trago de kombusha, que es un líquido amarillo sobre el que flota un hongo, y que es bueno para la digestión, según cuenta. En su refrigerador guarda otros experimentos vivientes y a veces lleva en el bolsillo un tubo de ensayo con alguna bacteria cuya evolución está observando.

–Si te das cuenta –dice él–, nunca nos detenemos a mirar nada. Y en todos lados hay vida. Todo a nuestro alrededor está vivo.

Es cierto. Si vas de excursión a algún rincón de tu casa descubres toda una fauna de bichos y los fumigas sin mirar. Si vas al campo odias a los mosquitos. Si caminas por el desierto maldices porque no hay aire acondicionado. Desde la ciudad la naturaleza es rural, precaria, trabajosa. Basta con unos días de vacaciones en el campo para extrañar la comodidad sintética del hogar.

González tiene veintiséis años, es un tipo atlético que suele andar en sandalias de playa, shorts con muchos bolsillos y camisas de manga corta. Hace tiempo que escapó de la ciudad y se mudó a cuarenta kilómetros al sur de Lima, a vivir en la playa todo el año, al lado del mar. No le importa conducir una hora todos los días rumbo a la ciudad. Recuerda que desde niño corrió olas sobre una tabla. A los catorce años empezó a hacer canotaje, después escalada en roca, y más tarde aprendió a volar. Al tiempo se compró su propio parapente. Un día agarró su mochila, compró un boleto a Johannesburgo, y dejó por un año la universidad. No quería que le contaran cómo era África, quería verla. Estuvo en Zambia y Zimbawe, navegó con su kayak en el Nilo, cruzó Lesotho, Tanzania y Kenia, llegó a Uganda y después a Etiopía. Lo atacó la malaria y supo que iba a morir. Pero se salvó por poco. Ahora combina el deporte con la biología y viaja por todo el país con su programa de televisión llamado "Perú Aventura". Hace unos meses estuvo internado en otra reserva natural de la selva con un equipo de National Geographic, contemplando en la quietud de las plantas cosas que los demás no alcanzamos a ver porque no nos detenemos ni a mirar el jardín. Los biólogos parecen estar perdiendo el tiempo cuando observan la nada. Pero no es así.

A medida que González se acerca al mirador, una nube formada por unas diez mil aves aparece con brutal nitidez. Parecen abejas que vienen a desayunar a este humedal que se ha formado en una de las entradas del mar en la bahía de Paracas. Es una laguna salada donde abunda la comida. González dice que aquí la naturaleza trabaja sin dificultad, y que éste es uno de los ecosistemas marinos más ricos del mundo. Todo parece haber sido calculado. Los grandes se comen a otros pequeños. A su vez esos pequeños se alimentan de otros, y ésos de otros, pero todos conviven. Aquí World Wildlife Fund ha contabilizado treinta especies de mamíferos, setecientas de peces, cuatrocientas de crustáceos, mil de moluscos, casi doscientas de algas, y la misma cantidad de variedades de aves. Cuando uno piensa en ellas descubre que sólo tiene un par de palabras en su vocabulario: pelícanos, flamencos, palomas, garzas, patos. Pero a través de los binoculares es fácil sentirse un ignorante. González señala una por una. Las llama por sus nombres con familiaridad. Son demasiadas: los piqueros, parecidos a las palomas pero con pico de cisne; los guanayes, primos de las gaviotas pero más grandes; los osteros negros, con el pico carmín y las patas de gallo; los cholos semipalmados, compactos y enanos. Uno podría pasar días enteros en el mirador y seguiría reconociendo distintas familias cada vez. Bajo el agua hay la misma diversidad inalcanzable: delfines, lobos de mar, tortugas. Incluso se halla el banco natural de mariscos más abundante de toda la costa peruana. Basta meter la mano en el mar para recoger conchas de abanico como si fueran piedras. Eso era lo que hacían los primeros pobladores preincaicos, que se asentaron en esta zona siete siglos antes de Cristo. Bajamos del mirador y volvemos a la camioneta.

El Perú es el segundo país con más variedades de aves en el mundo, con unas mil setecientas especies. Por eso la Reserva Nacional de Paracas es un paraíso para los amantes de los pájaros.

–Es gente que viene aquí de todo el mundo –dice el biólogo mientras se sube a la camioneta–. Llegan con sus libros de fotos, de las aves que les falta ver, y se sientan horas a esperar que aparezcan.

Por eso se armó un lío cuando en el año 2000 una compañía petrolera trasnacional anunció que planeaba invertir ciento cuarenta millones de dólares en la construcción de una plataforma en el mar. El propósito era que sus buques pudieran cargar el gas que extraerían del subsuelo de Camisea, cerca de la ciudad del Cuzco, y que llegaría hasta allí a través de un gasoducto de quinientos kilómetros. Cinco años después la plataforma está ahí, a pocos kilómetros de la Reserva Nacional de Paracas, como una silenciosa amenaza que sin duda cumple con los estándares internacionales de seguridad. La industria versus la naturaleza. Los estudios de impacto ambiental versus el medio ambiente. En septiembre de 2005, el día en que la reserva cumplió treinta años de fundada, la misma compañía petrolera colaboró en la compra de una embarcación que ayudaría a patrullar el mar de Paracas. Que ayudaría a preservar la naturaleza. Una flota de buques cargueros versus una bandada de pájaros. ¿Quién da más?

◆ ◆ ◆

EL MOTOR DE LA LANCHA hace suficiente ruido como para espantar a cualquier especie. Llevamos cuarenta

minutos avanzando sobre el mar a toda velocidad. Hace un rato nos detuvimos frente al enorme candelabro que alguien dibujó en una loma de Paracas, hace más de tres siglos, y que se mantiene intacto. Algunos dicen que era un símbolo que mandó a dibujar el libertador José de San Martín, quien desembarcó en Paracas, durante el otoño de 1820. Dicen que fue aquí donde, al ver al flamenco blanco de alas rojas, llamado parihuana, se le ocurrieron los colores de la bandera peruana. La lancha sigue dando saltos sobre el mar y de pronto, tras una cortina de niebla, aparecen dos gigantescos promontorios. Son las Islas Ballestas, tan imponentes como dos rocas sumergidas en un charco. Los chillidos de las aves aumentan de volumen.

–Las aves pueden todo: caminar, bucear, volar –dice el biólogo que también vuela, mientras un excremento que cae del cielo baña a una de las pasajeras. Parece una señal. Quizá no somos bienvenidos.

Al rato el timonel apaga el motor de la lancha en la que van unas veinte personas con chalecos salvavidas naranjas, y se acerca a una pared de roca repleta de aves. Unos pingüinos enanos se asoman a ver quién los ha venido a molestar. Según el último censo quedan sólo ciento cincuenta y corren peligro de desaparecer. La embarcación bordea toda la isla y aparecen los primeros lobos marinos. Gritan como gorilas, como si quisieran que nos larguemos. Es inevitable sentir que uno pertenece a una especie prepotente y entrometida. Pero la lancha sigue avanzando. También hay otros que ni se inmutan y continúan haciendo la siesta. La embarcación sigue bordeando una de las tres islas que conforman el conjunto de las Ballestas, y de pronto aparece frente a la lancha una imagen estremecedora. Ahora no son diez mil aves.

–Al menos debe haber doscientas mil allá arriba –dice González, señalando la pendiente que hay sobre la isla más alejada.

Mientras regresamos a la costa tras dos horas de viaje, el biólogo explica que el éxito de la reserva es que la cadena trófica está completa. Es decir, que no falta quién se coma a quién; si alguno faltara, se rompería el equilibrio. Por eso las aves llegan hasta aquí no sólo para descansar sino para reproducirse, huyendo del invierno boreal, buscando el verano que les asegura comida y calor. La mayoría de las aves que copan las Ballestas son las guaneras, que convirtieron al Perú, en el siglo XIX, en uno de los principales exportadores de fertilizantes a Europa. Aunque fue una época de bonanza que no duró demasiado. Lo que sí duró hasta hoy es la explotación de la anchoveta, un pez no muy grande que se transforma en harina en las enormes fábricas que hacen del Perú el segundo productor en el orden mundial. Las chimeneas de esa industria se ven con claridad desde la lancha cuando uno regresa al muelle de Paracas desde las Islas Ballestas. No las pudieron mudar porque estaban allí desde hacía varias décadas.

–Si ves a un lado del mar, ves el desierto limpio. Si ves hacia el otro lado de la bahía, ves las fábricas, la mano del hombre –dice González mientras señala, ya en el malecón, las dos caras de Paracas.



sergio.vilela.26@surcos.net

viene de página 12

GEORGINA GARIBOTO es la socióloga que coordinó el trabajo de investigación sobre el paco en Uruguay, financiada por la Embajada de los Países Bajos, el TNI, un centro de estudios sobre drogas desde la perspectiva de la reducción de daños, y la Junta Nacional de Drogas (JND). "Hicimos entrevistas a pequeños vendedores de la sustancia y a consumidores de los barrios y de clase media. Ellos nos contaron que de pronto, en el verano 2002-2003, no hubo marihuana durante meses y la cocaína también escaseó. Lo único que se les ofertaba era una droga nueva que se fumaba y pegaba muy fuerte, la pasta base. Se la introdujo en el mercado y logró pasividad en un tiempo muy corto", cuenta en la clásica confitería La Pasiva, de la avenida 18 de Julio.
Milton Romani es el flamante secretario general de la JND, una secretaría de Estado que diseña las políticas públicas del gobierno de Tabaré Vázquez. Con un discurso que se basa en las políticas que han sido exitosas en países como Canadá y Holanda, psicólogo social pero con un pie en la multidisciplina, el funcionario recuerda el agosto de 2002: "En un solo día se derrumbaron la moneda y las finanzas. El impacto coincidió con la llegada de la pasta base. Se complotaron varios asuntos al mismo tiempo", dice en su despacho del edificio Libertador.

MICHAEL AGAR, doctor en antropología de la Universidad de California, Berkeley, profesor emérito de la Universidad de Maryland, trabajó durante años buscando aprender algo sobre el sentido y las prácticas de los adictos en las ciudades norteamericanas golpeadas por el crack. "Lo imprevisible de una epidemia es un rasgo clave de la teoría de la complejidad", explica a través de Skype, desde México. "Un segundo rasgo que aparece en esta teoría es que la epidemia se origina siempre con cambios simultáneos a muchos niveles. En todas las ciudades que estudiamos había cambios de una vez en tres campos: el sistema de producción, el sistema de distribución y las condiciones históricas de un grupo específico de la sociedad. Si se desarrolla una vinculación de esos cambios, en este grupo se desarrolla un sistema de feedback que permite comenzar la epidemia."
Si tomamos la línea de pensamiento de Agar, podemos anotar el cambio en la diversificación de la cocaína como producto y en las nuevas rutas –de las que Uruguay y Argentina son parte– hacia Europa, pero también hacia África. En el ámbito doméstico, los expertos señalan que las cocinas, aunque no se encuentren en cantidades, están ya en las ciudades. A eso se le suma el empobrecimiento ocasionado por la debacle económica. Tampoco es menor el hecho de que el país



sea un enclave con vía libre para los capitales financieros. En el mismo país en el que avanza con furia la pasta base, se lava gran parte del capital global de la droga.
A tal punto la pasta sería producto de la diversificación de la cocaína, que los expertos no han conseguido definir con exactitud qué es. El informe publicado por TNI da cuenta de esa dificultad tanto en Montevideo como en Buenos Aires, donde el estudio fue hecho por la Asociación Intercambios. Se especula con tres versiones. Según la primera, es similar al crack, o sea, lo que resulta de calentar el clorhidrato de cocaína ya elabora-



En las afueras de Montevideo.

do con bicarbonato para que se pueda fumar. La segunda dice que es el resultado del proceso de maceración de la hoja de coca en grandes piletas con querosén, ácido sulfúrico y algún alcalino como la cal, el bicarbonato o el cemento. Así, armada en "tizas" de hasta 20 gramos, ha sido secuestrada de las mulas que la cruzan desde Buenos Aires hacia Montevideo adherida al torso. La tercera versión, y la más extendida entre los usuarios, es que se trata del residuo de la producción de la cocaína, lo que queda de la mezcla final en la que la pasta básica es resultado de la maceración, ya que en la primera etapa se le agrega acetona o éter, ácido hidroclórico y permanganato de potasio. La investigación de TNI revela que en los contradictorios e insuficientes estudios químicos realizados sobre distintas muestras de sustancia incautada por la policía se han detectado varios otros productos de estiramiento: pesticidas, fertilizantes, broncodilatadores, analgésicos, y hasta medicamentos de uso veterinario.

EN LA CASA DE ESTELA se festeja el cumpleaños de Gonzalo, un niño que entra en los nueve y que parece

gozar, como su madre, de un control apacible de la situación. Su hermano les robó la casa y él piensa que debería ir preso. Pero su madre le ha hecho comprender que su hermano necesita ayuda y debe ir a un hospital porque está enfermo. En la ceremonia están su abuela, la mamá de Estela, y su padre, un fornido vendedor de panchos, o hotdogs, callejero. También uno de sus tíos, un chico adicto que ha intentado suicidarse en tres oportunidades. Lleva sin fumar quince días y está abrazado a su novia, una hermosa jovencita que también ha dejado de consumir paco. Son la presencia más encantadora de la reunión. De fondo, se escucha el traqueteo de otras hermanas y hermanos, y tías, y sobrinos, que juegan en la pieza de los chicos. La abuela habla de droga. De sus hijos adictos, algunos recuperados. Dice que la droga no existía antes, y que la marihuana asustaba, pero ahora, al lado de la pasta base, es un juguete de chicos. El padre de Gonzalo, y de Jackson, habla de las estructuras de varios mayoristas y de la corrupción policial; y explica las alianzas territoriales entre dealers y patrullas de calle. Todos coinciden, sin aspavientos, más bien confirmando una obviedad: que los agentes cobran la inacción contra las bocas.

La conversación se interrumpe con la vela encendida de la torta de Gonzalo, y un silencio precede al canto del feliz cumpleaños. Es una de esas velas mágicas que se prenden una y otra vez. Gonzalo piensa sus deseos y aprovecha para multiplicar los pedidos en el reino de la pasta base.

Noemí, otra de las Madres del Uruguay, llama desde su casa. Resuenan las primeras repercusiones de la decisión que tomaron estas madres al cambiar su discurso ante la sociedad uruguaya, antes centrado exclusivamente en denunciar a los vendedores. "Ya comienzan los acercamientos con sectores que quizá no nos decían nada porque, aunque nuestra desesperación nos hacía muy fuertes, no veían bien la exigencia de una salida que no fuera, más que nada, policial del asunto. Cuando nosotras pedimos que se cerraran las bocas a partir de datos nuestros, armaron una comisión en la que había delegados del Ministerio del Interior y gente de la Junta de Drogas, pero nunca hubo allí una persona de Salud o de Educación. Eso, por ejemplo, es algo que nosotras no veíamos y que ahora entendemos como una necesidad imperiosa", dice Noemí, desde su casa en el barrio Cerrito.

JACKSON PARECE adormecido. Es lunes, el día del cumpleaños apareció en la casa de su madre tarde por la noche. Estuvo, dice, en la casa de su mujer. Volvió dispuesto a internarse otra vez en El Portal Amarillo. Sentado en su casa, a solas, cuenta su pasado de futbolista. Estaba para probarse en clubes mejores cuando comenzó a fumar.

La última mañana llueve. Vamos hasta el barrio Colón, a El Portal Amarillo. Es el centro de referencia, con veinte camas de internación para adictos a la pasta base. El lugar es abierto. Varias madres acompañan a sus hijos en una sala de espera donde nadie habla. A Estela le han reservado una cama para su hijo. Llega con el pelo mojado. Jackson lleva un pequeño bolso con algo de ropa. Se quedará aquí hasta que pueda volver a la calle. No está muy convencido, pero esta recaída fue la peor y el futuro le da miedo. Se imagina una salida con trabajo. "Esta vez –dice–, capaz que puedo parar."



cristian.alarcon.26@surcos.net

Página|12

Presidente
Fernando Sokolowicz

Vicepresidente
Dr. Jorge Ernesto Prim

Gerente General
Hugo Soriani

Director Periodístico
Ernesto Tiffenberg

Fundación Síntesis

Fundador: Wenceslao Casares
Presidente: Crhistian Austin
Secretario: Diego Valenzuela
Tesorero: Eduardo Ergas
Directora de Investigaciones:
Paula Ferro Ariella

RUT: 65.278.880-7
Domicilio Legal: Cruz del Sur 133
of. 703, Santiago de Chile
Telefono/fax: +56 2 737 0977
E-mail: info@fundacionsintesis.cl
www.fundacionsintesis.org

surcos

Editor
Santiago O'Donnell

Director de Arte
Gabriel Minvielle

Edición Fotográfica
Gonzalo Martínez
Santiago Porter

Diseño de Arte Original
Alejandro Muñoz

Diagramación
Martín Aguirre

Correctores de Estilo
Adolfo González
y Ana Pepe

Coordinación General
Víctor Vigo

Fotografía de Portada
Pedro Linger Gasiglia

Sitio web: www.surcos.net
e-mail: info@surcos.net

Surcos en **Página|12**
N° 7, Año 1, Febrero 2009

Impreso en Kollor Press S.A., Uruguay 124, Avellaneda, Pcia. de Bs. As., Argentina, en el mes de febrero de 2009

ISSN: 0718-0799
ISBN: 978-987-503-479-2

DE ALMODOVAR A FELLINI.
DESDE LOS CLÁSICOS
HASTA LA VANGUARDIA.





www.europaeuropa.tv

el primer cine

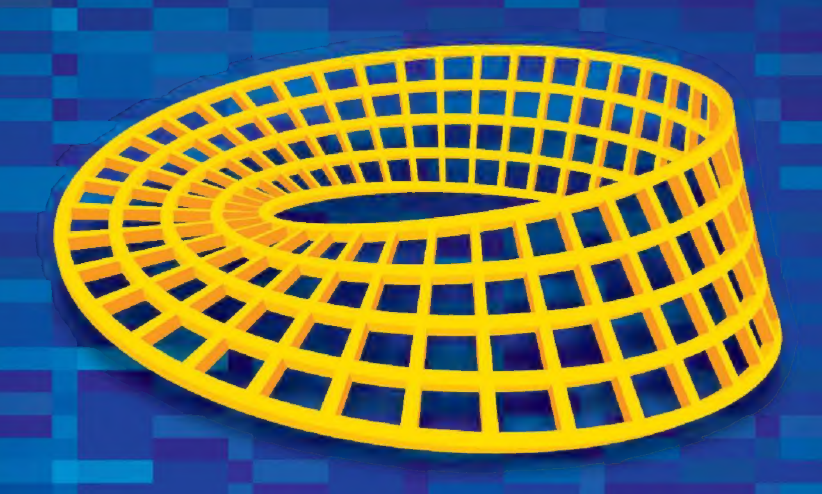
Concurso Nacional de Innovaciones

5TA. EDICIÓN - AÑO 2009















INNOVAR

Producto Innovador / Innovaciones en el Agro
Productos o procesos novedosos dirigidos al mercado. categoría abierta. mayores de 18 años. requiere prototipo.

Investigación Aplicada
Productos o procesos novedosos, desarrollados por grupos de Investigación. Preferentemente productos o procesos a punto de ser transferidos.

Diseño Gráfico
Desarrollo de la identidad visual de productos ganadores de **INNOVAR 2008** de la categoría Investigacion aplicada.

Diseño Industrial
Productos o procesos destacados por su diseño. Dirigida a diseñadores de distintas orientaciones. Requiere prototipo.

Escuelas Técnicas INET
Proyectos de Innovación desarrollados por grupos de alumnos de Escuelas técnicas.

¡Nuevas Categorías!

Concepto Innovador
Productos o procesos, que adelantan el futuro por su grado de novedad. Categoría abierta. No se requiere prototipo.

Tecnologías para el desarrollo social
Proyectos no comerciales desarrollados por grupos o instituciones utilizando tecnologías que mejoran la calidad de vida de la comunidad.

$400.000 EN PREMIOS

Inscripción y presentación de proyectos online hasta el 15 de Abril

www.innovar.gov.ar



Ministerio de
Ciencia, Tecnología
e Innovación Productiva
Presidencia de la Nación